

poeta—, sino analizando e interpretando pacientemente los documentos que por uno u otro camino nos han llegado a través de los cuatro siglos transcurridos.

Documentos escritos, por ejemplo, que si bien en el caso de algunas civilizaciones como la azteca o maya son más abundantes, por lo que se refiere al Perú —donde los incas ignoraban al parecer la escritura— son no sólo escasos sino también relativamente tardíos. El hecho de tener que escribir directamente en castellano impide además a sus autores —indígenas en algunos casos— una total autonomía de visión, que se ve contaminada por la cultura invasora.

Existen además otras piezas complementarias como son los informes de misioneros, encomenderos, recaudadores de tributos y cronistas, agudos observadores de las costumbres indígenas aunque adolezcan de naturales prejuicios etnocéntricos.

Pero está también —y acaso sea, por lo menos en cierto sentido, la fuente menos contaminada a que puede recurrir el historiador, aunque sus limitaciones sean también evidentes— el folklore indígena en forma de piezas teatrales, danzas y cantos. Folklore transmitido de generación en generación y cuya supervivencia —con lo que representa de fidelidad al propio pasado— supone la forma de rebelión más tenaz frente a los intentos asimiladores de la cultura blanca.

A unas y otras fuentes ha recurrido alternativamente Nathan Wachtel para su hermoso estudio de "los indios del Perú frente a la conquista española" durante el período que va de 1530 a 1570. Comenzando por las fuentes propiamente indígenas —relatos originales recogidos por los misioneros y folklore conservado hasta hoy— para tratar de reconstruir en un primer momento la reacción de los indios ante la llegada de los primeros conquistadores, Wachtel lleva a cabo inmediatamente después un análisis en profundidad, con ayuda de documentos del segundo tipo: relatos de cronistas, encomenderos y eclesiásticos de las transformaciones estructurales sufridas por la sociedad indígena como consecuencia de aquel choque brutal.

Al traumatismo colectivo que debió de suponer para los indios la muerte de sus dioses y del inca, se sumarían las grandes catástrofes demográficas como consecuencia de las epidemias

y la ruptura paralela del equilibrio económico y social, debido a factores diversos, pero sobre todo a la introducción de nuevos sistemas tributarios y a la expropiación indiscriminada de tierras de cultivo.

Los indios tratarán de hacer frente a esa desestructuración a todos los niveles provocada desde el exterior a través de una "praxis" interna de rebeliones y movimientos de resistencia —incluidos algunos milenarismos—, cuyo fin último consistirá en restablecer el anterior equilibrio, violentamente roto, y devolver la coherencia a sus sistema social y cultural.

Llegados a este punto, sin embargo, una pregunta se nos impone: desde el punto de vista de la historia como proceso totalizador, ¿acaso no resulta tan parcial por sí misma la perspectiva de los vencidos como la de los vencedores? El propio Wachtel se encargará de respondernos afirmativamente: Unos y otros —conquistadores y conquistados— entrarán "juntamente en un nuevo sistema, vivido como tragedia para los vencidos, pero dotado de un sentido objetivo en la exacta medida en que la violencia define a los españoles como dominantes y a los indios como dominados". ■ JOAQUIN RABAGO.

Las luchas de nuestros antepasados

... Después de todo, los orígenes del movimiento revolucionario en nuestra vieja Europa no deberían dejar a nadie indiferente, incluso entre aquellos que reflexionan sobre el presente o sobre el porvenir.

Así termina el libro "Uñas azules, Jacques y Ciompi", de M. Mollat y Ph. Wolff, dedicado a las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV, y publicado ahora por Siglo XXI en su colección Historia de los Movimientos Sociales.

Dentro del marco general de nuestra Historia, la Edad Media suele ser la gran desconocida, y sirve generalmente de punto de referencia negativo para cualquier juicio u opinión. A esta Edad Media se le opone tradicionalmente la época inmediatamente posterior, el Renacimiento, como a la noche se le opone el día. El panorama cambia, sin embargo, sensiblemente

cuando se abandonan los esquemas históricos consagrados —reducción de la Historia de la Humanidad a una serie de fechas y acontecimientos políticos y a la historia de su desarrollo cultural/superestructural— para estudiar con mayor atención los hechos económicos y sociales en sentido amplio. Desaparecen entonces las fechas límites y el paso repentino de una edad "bárbara" a otra "moderna", y aparecen, en cambio, la continuidad y la evolución.

La historia de los movimientos sociales se inscribe así dentro de un marco de continuidad, y las revueltas populares de la Edad Media no se pueden desvincular de sus seguidoras modernas y contemporáneas. Esa historia de las luchas sociales en la evolución general de nuestra civilización es una historia continua, que, preservando los caracteres propios a cada época, obedece, sin embargo, a un mismo planteamiento básico: la lucha de los pobres contra los ricos.

Sucediendo a dos siglos de expansión en todos los dominios —no exentos, por cierto, de problemas y de tensiones sociales—, la Baja Edad Media se caracteriza como un período de crisis (crisis económica, social, religiosa, crisis políticas), de guerras casi endémicas, de hambres y de epidemias. La misma expansión económica del siglo XIII engendró un desfase social cada vez más acentuado; la oposición entre "ricos" y "pobres" ya no se limitó solamente a la lucha del campesino contra el señor feudal, sino que se introdujo a todos los niveles de la creciente vida urbana y se concretó en una lucha triangular entre los "grandes", los "medios" y los "pequeños". Las crisis del siglo XIV agudizarán estos conflictos, preexistentes, debidos a las nuevas relaciones de producción —la llamada "crisis del feudalismo"— y a la recesión económica, acompañada de una expansión demográfica importante.

Iniciadas a finales del siglo XIII —hacia los años 1280—, las luchas sociales no dejaron de sacudir a los países europeos a lo largo del siglo XIV y luego del XV. Casi ninguno de esos países escapó a las revueltas, a los brotes revolucionarios o a las continuas agitaciones sociales. Organizadas o espontáneas, con o sin jefes, efímeras o de larga duración, las revueltas medievales se producen tanto a nivel del señorío rural como de la comunidad urbana, surgen contra el Estado o la Iglesia ofi-

cial, y enfrentan a diversas clases sociales de intereses cada vez más divergentes. Los conflictos, sin embargo, no se desarrollan según un esquema inmutable, sino que se van transformando a lo largo de este período —de más de siglo y medio— que, siguiendo un orden cronológico y a través de una relación más o menos breve de los acontecimientos, estudian los profesores Michel Mollat y Philippe Wolff; estudio que no pretende ser exhaustivo, ya que desde su fecha de publicación en francés, en 1970, el panorama se ha enriquecido con nuevas aportaciones al respecto.

En los enfrentamientos de principios del siglo XIV, que, en las ciudades del Imperio o en Flandes, oponen los "medios" —artesanos acomodados, como los tintoreros o "uñas azules"— a los "grandes" o "ricos" por la conquista del gobierno comunal, el pueblo "bajo" los "pobres", tras ser manipulados por uno u otro partido, suelen ser las víctimas de la represión. A medida que pasa el tiempo, estos "pobres", campesinos como los "Jacques" franceses de 1358, o artesanos "proletarios" como los "Ciompi" florentinos de 1378, van adquiriendo más peso y mayor conciencia en las revueltas. Estas culminan en los años 1378-1382, durante los cuales se desarrollan movimientos revolucionarios simultáneamente en Italia, Francia, Inglaterra, Flandes e Imperio germánico. Salvando unos rasgos específicos, estos movimientos son esencialmente populares y persiguen una mayor justicia, un igualitarismo de tipo comunista; los trabajadores ingleses de 1381 se agruparon alrededor de Wat Tyler, alentados por la famosa frase del predicador John Ball:

"Cuando Adán cultivaba la tierra y Eva hilaba, ¿dónde estaba el gentil hombre?"

El fracaso de estas luchas se acompaña siempre de un endurecimiento de los regímenes reaccionarios que se vuelven a implantar. Las causas de fracaso —según lo subrayan los autores— son múltiples. La más importante quizá reside en los propios esquemas mentales de los protagonistas. Los rebeldes son más reformistas que innovadores, no cuestionan el problema fundamental de las estructuras de poder, sea político o religioso: son a veces anticlericales, pero nunca antirreligiosos; son antiseñoriales, pero promonárquicos; cuestionan los hombres, pero no las estructuras. Las estrechas relaciones que existie-

ron entre las sublevaciones populares y las herejías —tema que necesitaría una mayor profundización— no llevaban a una ideología revolucionaria, sino milenarista, incluso en la "revolución husita" de Bohemia.

Las consecuencias inmediatas de este fracaso fueron de dos signos. A nivel político-social, se organizó la represión; las clases dirigentes, a lo largo de este par de siglos, crearon su policía —"la" policía— y sus métodos represivos. Y a nivel de las mentalidades, apareció en los ánimos la noción de "clases peligrosas" aplicada a los pobres, a los "pequeños".

El problema, sin embargo, había sido planteado entonces, sin ser resuelto. Los métodos de protesta: huelgas, manifestaciones diversas, insurrecciones, también hablan hecho su aparición en la escena histórica. La conciencia de clase está en germen en las nociones medievales de "pobres"/"poseedores" y no tardará mucho tiempo en manifestarse.

Considerándolo como una especie de período de "infancia", el estudio de los movimientos sociales en estos siglos XIV y XV resulta ser, en último análisis, una base conveniente —yo diría imprescindible— para el estudio y el conocimiento de las luchas sociales europeas contemporáneas. ■ ADELINA RUCQUOI.

El negro asunto de Guinea Ecuatorial

El irracionalismo y la mitomanía han sido dos de las principales características del franquismo que ni los innegables cambios socioeconómicos acontecidos en el país hicieron modificar. Por supuesto, la acción colonial o el tratamiento que se dio a los territorios sometidos a dominio español no estuvieron exentos de esas cualidades. Con tal punto de partida no resulta raro que la "modélica descolonización" de que nos hablaba la propaganda del régimen haya sido el más rotundo de los fracasos y que las consecuencias de ello las haya pagado no tan sólo el aparato oficial de la dictadura, sino también el resto de los españoles, que nos hemos visto salpicados de los fallos del sistema —ahí tenemos los efectos negativos que para Canarias y los canarios supone la muy peculiar descolonización del Sa-

hara— y, aún en mayor medida, para los que fueron nuestros colonizados, cuya suerte —ya se trate de los guineanos o de los saharauis— no deja de ser pavorosa.

Sobre lo que ha pasado en el Sahara, aunque no mucho si se sabe algo de lo que allí pasó, gracias al momento en que sucedió: los últimos días del franquismo en verbo carnal. No sucedió lo mismo con Guinea Ecuatorial, de cuya descolonización sólo conocimos el exótico esplendor de Fraga en el acto de la independencia; el que pasó "algo" y los españoles residentes en aquellas tierras tuvieron que salir de estampida; y que se declaró "materia reservada" a todo lo procedente de aquel territorio, levantándose la veda informativa, ya en puertas de la Reforma.

La declaración de materia reservada era coherente con la dictadura, pues fue la manera de ocultar el soberano ridículo que se hizo allí, ridículo que quedaba realzado con las declaraciones y declamaciones grandilocuentes del régimen, cuya eminencia gris en traje azul marino fue el que impuso el quién, cómo y cuándo de la política descolonizadora —también en el Sahara—, incluso en contra de los técnicos del Ministerio de



El Presidente de Guinea Ecuatorial, Francisco Macías.

Asuntos Exteriores. Carrero Blanco fue la pieza clave de todo ese proceso, y así resultó. La oposición, lo poco que de ella había en aquellos momentos y con muy poca capacidad de maniobra, no se preocupó mucho por Guinea.

Los mitos fueron reemplazados por la realidad y ésta ha tomado la forma de una de las más nulas, fecales y sangrientas dictaduras de África. Una vez levantada la materia reservada han aparecido una serie de libros testimonio de lo que fue un pedazo de la Historia de España y de lo que es hoy una crónica sangrienta. De este aluvión de información pueden destacarse tres obras: "Guinea, materia reservada", "Guinea-Macías, la ley del silencio" e "Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial" (1), escritas todas ellas por periodistas, españoles los autores de los dos primeros libros —Rafael Fernández y Ramón García Domínguez— y el tercero por el guineano Donato Dnongo.

El libro de Rafael Fernández resulta el más deslavazado de los tres, quizá también por ser el más voluminoso y el primero en editarse. Sin embargo, es el que recoge más documentación y relata su propia aventura. Redactor jefe de la televisión guineana, acabó en la cárcel, estuvo a punto de ser condenado a muerte, pudo escaparse y mediante un largo periplo llegar a su país donde las autoridades y jefes de la TVE no le hicieron puñetero caso. Resulta revelador, tanto con respecto a Guinea, como a España.

Ramón García Domínguez llegó a Guinea como profesor de un colegio de religiosos al que asistían como alumnos los hijos del propio Macías. La publicación del libro dio origen al cabreo del sátrapa guineano y a la tensión diplomática consiguiente. Probablemente Macías no ha debido de leer los otros dos libros, pues, o le hubiera dado un infarto o nos hubiera declarado la guerra. Muy crítico respecto a Macías, justifica bastante a Carrero Blanco y pasa casi por alto el protagonismo de Antonio García Trevijano. Sin embargo, hace un minucioso relato del proceso que llevó a la independencia a Guinea.

El más analítico y crítico de los tres libros es el de Donato Dnongo, miembro y fundador del Movimiento Socialista Guineano. Es también la obra que aporta más datos, cosa natural,

pues para su autor, Guinea ha sido algo más que un período de su vida o un suceso histórico. Algo de precipitación y un cierto subjetivismo existen en algunas apreciaciones, pero esto también es natural para quien es un sujeto, no tan sólo del pasado, sino del presente y con vocación de serlo en el futuro de su patria. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

"Cartas del diablo a su sobrino"

Este libro (1) debía ser leído por todo hombre religioso para salirse de los esquemas de nuestra rutina actual. Esa simplificada manía clasificatoria, como si fuese la última palabra del análisis de la realidad, paraliza el pensamiento y la acción encerrando en sus estrechos límites —como si fuera una camisa de fuerza de la cual no se debe salir— toda originalidad en los hechos o en las ideas.

Hace poco tiempo —en plena campaña electoral— decía con razón el profesor Tierno Galván que necesitábamos imaginación. Sí, imaginación; o más bien fantasía para salir del prosaísmo de las dicotomías mentales y superar de una vez el dualismo simplista en todo orden de cosas.

Este libro escrito para hombres de espíritu abierto, pero que valoren la espiritualidad, dará que pensar. Y quizá a más de uno le servirá de revulsivo para poder renovarse. Sus fines análisis psicológicos, sus consejos prácticos, su apelación a cosas hoy olvidadas, harán una labor eficaz en los cansados, abotargados y romos espíritus de hoy.

Estamos viviendo actualmente dentro de lo que podríamos llamar "el aplatanamiento de las mentes". Y si queremos dejar de "vivir sin vivir", hemos de empezar por sacudir la cabeza y aprender a pensar por nosotros mismos captando con nuestro pensamiento la realidad, esa realidad que escapa a la cortedad de nuestras miradas de hoy porque sólo vivimos de esquemas y de modas, nunca de la fuerza misma de lo real con su mensaje que otro inglés, el católico Chesterton, supo di-

(1) Editoriales Sedmay, Plaza y Janés y Cambio 16, respectivamente.

(1) C. S. Lewis: Cartas del diablo a su sobrino. Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1977.